

GERMINAL

ORGANO DE LA UNION NACIONAL

AÑO III }

LIMA, JUEVES 16 DE OCTUBRE DE 1902

{ N. 55

AVISO EDITORIAL

Prevenimos á nuestros suscritores que este semanario aparecerá, en lo sucesivo, los sábados.

Indolencia muy dañosa

La prensa periódica, se ha dicho con verdad, es el termómetro de la civilización de un país.

Donde la prensa existe, aunque no marche siempre por los mejores rumbos, hay un medio de apreciar más ó menos aproximadamente el desarrollo de la cosa pública y hay un signo inequívoco — la prensa misma — de vida activa, de anhelos progresistas.

Por eso experimentamos profunda mortificación cada vez que recordamos que en el Perú existen extensas circunscripciones territoriales, — departamentos enteros! — donde no se edita ni un humilde quincenario, donde no funciona en proporción alguna este poderoso vehículo de progreso, la prensa periódica.

¿Qué demuestra tan triste fenómeno sino que la apatía más arraigada y funesta pesa sobre esos pueblos como atmósfera, de plomo que no les permite levantar la cabeza y buscar dignificadores ideales lejos del polvo en que la tienen enterrada?

Se explica así, en gran parte, como se explica también por la cobardía y venalidad de algunos escritores, la interminable sucesión de abusos con que las autoridades políticas martirizan al pueblo y deshonoran á la nación. Se explica así la prolongación en esas regiones de un estado de cosas semibárbaro que no le va en zaga, bajo ningún aspecto,

al de la época del coloniage, tan execrado, hipócrita é inúltimente, por los falsos campeones de nuestra democracia.

¿No han parado mientes hasta ahora, en asunto tan grave, las gentes ilustradas y pensadoras que viven y batallan por su propio surgir en esos territorios?

Aún estas manifiestan no sentir el menor aprecio por la prensa. Apenas en la proporción de uno por mil sobre la población departamental, cuando mucho, se suscriben á algún periódico limeño. De modo que esos pueblos, tal como los que viven vida que no es humana, en el centro del Africa, se hallan incomunicados con el mundo civilizado, enteramente ignorantes de los adelantos de la ciencia, del rumbo de las naciones, de las modernas prescripciones de la higiene, de los progresos del arte, del carácter que debe tener la escuela popular, de las condiciones políticas, morales y sociológicas de su propia patria, de los derechos que como á ciudadanos les corresponde, de los deberes y leyes que les toca acatar y cumplir.

¿Qué patria puede existir firme y robusta, qué patria se puede hacer ni defender con muchedumbres semejantes?

¿Qué reforma será posible llevar á cabo en el Perú, mientras las cuatro quintas de la población de esta república vegeten en condición tan primitiva?

¿Cómo conseguirá ponerse esta nación, ni medianamente en pie de rechazar las agresiones del imperialismo norte ó sudamericano, mientras no se despierten de alguna manera aspiraciones nobles, patrióticas, humanas, en la conciencia hoy inerte y entenebrecida de las turbas indígenas?

Al fin, si esa reacción no se realiza, el Cesar *dollar*, gran poseedor de ejércitos y escuadras y árbitro de los destinos de los pueblos perezosos y débiles, traerá acá miles y millaradas de sus campeones, de sus adoradores predilectos, inmigración de hombres fuertes y laboriosos que recibiremos, querá-

mosla ó no, en justo castigo de no haber procurado su advenimiento por medios convenientes y en condiciones de respetabilidad por parte del país, y que arrasará con la población abórigén, embrutecida y pusilánime, destruyendo así la base de nuestra nacionalidad, para quitar en seguida todos los humos de libertad, todo el egoísmo, toda la mala crianza, á quienes aquí se jactan de constituir un elemento étnico superior, una casta con derecho al monopolio del gobierno y de toda ventaja política y social.

Entonces del Perú, colectividad política soberana, no quedará sino el recuerdo, nada envidiable ciertamente. Lo demás —nombre y territorio— serán los de una colonia donde se levantará un pueblo nuevo, totalmente distinto del que le precediera en la posesión, más teórica que práctica, de este hermoso y riquísimo país.

Mediten un poco acerca de estas reflexiones los que de alguna manera puedan llenar el dañósimo vacío que dejamos señalado.

Es preciso que todos los departamentos—más—todas las provincias del Perú, tengan prensa periódica propia, aunque sea de modesta apariencia, aunque no satisfaga todas las aspiraciones patrióticas y altruísticas. Siempre será un medio de adelanto; siempre sacudirán la pereza de muchos infelices que no levantan la cabeza del suelo porque han olvidado, ó no han sabido nunca, que la misión humana es muy distinta de la del reptil; siempre comunicará algún impulso en el campo del trabajo honrado é iniciará tareas conducentes á la dignificación de las muchedumbres hundidas en el abismo de la ignorancia y de los vicios.

Amazonas, Huánuco, Apurímac, Huancavelica, arriba! á fundar prensa. Y á difundirla, á robustecerla, los departamentos que ya la tienen, incipiente. Será este uno de los medios más eficaces de la vigorización y el afianzamiento de la República.

La raza mártir

Adoptamos el siguiente editorial de "El Tesón."

No hace un año todavía que estuvieron en esta capital los *mensajeros de Chucuito*, comisionados por ocho comunidades del departamento de Puno para reclamar el amparo de la ley y del gobierno en defensa de sus derechos é intereses, hollados de la manera más brutal por las autoridades de esa circunscripción territorial de la república; y ya tenemos otra comisión idéntica representante de las comunidades de Huancané, distrito

perteneciente á la provincia del mismo nombre, que como se sabe también forma parte del departamento de Puno.

Nada ha variado allá, como nada ha variado en lugar alguno del Perú, en favor del indio. Las superficiales providencias, simples medidas de averiguación, decretadas por el gobierno en 1901, en los memoriales de los mensajeros de Chucuito, lejos de ejemplarizar á los facinerosos que en nombre de la patria explotan y maltratan de la manera más inicua á los mejores servidores que ella tiene, les ha infundido, sin duda, alientos nuevos para proseguir en su tarea excesivamente inhumana y que es—salta á la vista—la más eficaz y rápida de todas las que conducen á la extinción de nuestra nacionalidad. Una vez más los verdugos del indio han constatado que la impunidad les favorece y ha de favorecerles mientras estén usurpados los puestos directivos del país por hombres que no buscan sino su propio encumbramiento realizado con profundo maltrato de las mayorías, i que, por consiguiente, son los más interesados en que se perpetúe la odiosísima desigualdad de clases que hoy roba á la población consciente y batalladora gran número de inteligencias y brazos.

No es, pues, cosa sorprendente lo que ocurre hoy á las comunidades de Huancané, con ser cosa enormemente injusta y reprochable, como verán nuestros lectores por los acápites que en seguida copiamos del memorial que con fecha 3 del presente han dirigido al gobierno los referidos representantes de esos damnificados:

"Dueños y poseedores de los terrenos impropriamente llamados comunidades, por ser ya de nuestra propiedad privada, somos víctimas de frecuentes usurpaciones, y para conseguir la seguridad de nuestros derechos varios indígenas han ocurrido al señor Juez de 1.^a Instancia de la provincia de Huancané, haciendo uso del recurso de iniciativa permitido por la ley para que requiera á los jueces de paz á que nos administren pronto é imparcial justicia; y hemos visto con sorpresa que el señor Juez de 1.^a Instancia ha adoptado por sistema en sus decretos de requerimiento, la siguiente inusitada fórmula; — *"cuidando de que los terrenos no pertenezcan á comunidades de indígenas por que estos sólo tienen el usufructo y no la libre disposición, ni el derecho de propiedad, así que no pueden transmitirlos por herencia ni por otro contrato alguno."*

¿En qué condición hemos de quedar los indígenas si de un lado los publicanos nos imponen las más fuertes contribuciones, so pretexto de título de propiedad, y por otro el Juez de 1.^a Instancia de nuestra provincia desconoce expresamente ese mismo derecho de propiedad y apenas nos declara usufructuarios) Nuestra condición quedaría, pues, reducida Excmo. señor, á la de los colonos irlandeses que trabajan sólo para alimentar el vientre insaciable de los grandes propietarios de Lóndres, y aún mil veces peor, desde que mientras ellos for-

man grandes ligas para su defensa y tienen órganos que les sirven de eco, nosotros nos hallamos reducidos al más deplorable aislamiento y horfandad, no obstante las garantías teóricas ó escritas que la Constitución, leyes y decretos supremos nos otorgan."

"Más de quinientos expedientes criminales permanecen arrumados en un rincón del despacho del Juez, sin curso legal, como puede informarse VE. por la razón de causas de dicha Provincia; hace más de un año que no ha expedido ninguna sentencia en la infinidad de juicios criminales de homicidio que han sido denunciados ante ese juzgado por la autoridad política y por los deudos de las víctimas."

"Los derechos dobles en juicios civiles y criminales de oficio y en los servicios gratuitos de reos son prácticas comunes del juzgado, como pueden declarar más de cuarenta detenidos que actualmente se encuentran en la cárcel de Huancané, los más desde hace dos y tres años, por no tener cómo pagar derechos adelantados para la tramitación de sus expedientes, pudiendo citar entre dichos reos algunos cuyos nombres recordamos, tales como Mariano Sucasaire, Santiauo Huanca, Anselmo Mara, Hilario Eautista, Felipe Cuevas, Ramón Miramira, Romualdo Apaz, Lucas Anco, Manuel Condori, Gerónimo Gallo, aparte del reo N. Lira de Mohó adscrito al servicio doméstico de la casa del Juez."

¿Obtendrán los mensajeros de Huancané mejor éxito que los de Chucuito en sus justísimas gestiones?

No obtendrán más que fórmulas; tal cual decreto aparatoso en la forma y banal en su esencia, con que nuestros gobernantes querrán acallar las quejas de esos infelices y salir pronto de ellos para poder radicarse exclusiva y ardorosamente á la labor de imponer un presidente civilista á la república.

Nada más obtendrán.

Para que obtengan más, para que lleguen á obtener justicia, ya que ellos no son capaces todavía de formar "como los irlandeses" ligas resueltas á escarmentar á sus verdugos, es preciso que el radicalismo nacional empuñe el hacha trozadoradehierros y no la suelte, hasta borrar de la faz de la república, cueste lo que costare, el baldón que la imprime el martirio de la raza aborígen.

GACETILLA

A la habilidad para manejar el tesoro de la nación de modo que éste corra por cauces muy distintos de los que la justicia, la ley y la conveniencia de la patria le señalan, unieron siempre los civilistas un tino sin rival para hacer de la diplomacia peruana algo merecedor de la chacota universal. Jamás nación alguna fué víctima de mayores desastros que la nuestra durante las épocas

de predominio civilista más ó menos desembobado, en el ramo de relaciones exteriores. Y ha ido siempre en aumento esta desgracia; ha ido en aumento tal, que ya habría alarmado á nuestros pueblos hasta ponerlos de pie y hacerles recurrir á remedios heroicos, si no estuviera anestesiada en nuestras multitudes, desde hace mucho tiempo, la conciencia del ciudadano, del patriota, del hombre en el sentido moral de la palabra. Desde las imprudencias que en el pasado siglo dieron pretexto á Chile para venírse nos encima, hasta la entrega cobarde, inexplicable, del Aguarico al Ecuador, realizada hace apenas seis meses, ¡qué pendiente la que hemos recorrido, arrastrados por la codicia y la torpeza de cuatro negociantes en política y patriotismo!

Felizmente, estamos llegando al fin, á la sima del abismo, debemos creerlo, puesto que más allá del descrédito que está echando sobre el Perú el degenerado á quién el civilismo encargó hace seis meses la cartera de relaciones exteriores, más allá de este enlodamiento que ningún pueblo de la tierra soportaría silencioso y manso cual lo soporta el nuestro, no puede haber sino una de estas dos cosas: la muerte ó la reacción.

Por eso es que nosotros casi nos alegramos de lo que ocurre en los inextricables laberintos á que llaman altas oficinas del Estado. Estos ministros insolentes y sin decoro, estos cancilleres que mienten á cada momento como muchachos de escuela defectuosa, que ignoran en absoluto la entidad y la condición de los negocios confiados á su dirección, que se dejan llevar como muñecos de un lado para el otro por tiryos y troyanos, que andan en trapicheos sospechosos con los zorrazos de más allá del Loa y que descienden hasta hacer tarea de raspaduras y falsificaciones en documentos públicos destinados á juzgar su conducta; estos ministros, decimos, son el brochazo final, el rasgo complementario en el cuadro sombrío formado por la vida y las hazañas del partido civil, y ya no necesita ni debe ver más el pueblo para sacudirse de esa lepra.

* * *

No tenemos interés alguno en que el clérigo Vidal y Uría continúe sacando por tiempo indefinido los trapitos al aire á sus colegas.

Y no aprobamos ni aprobaremos jamás el empleo de ciertos argumentos demasiado personales y muy innobles á que se manifiesta tan aficionado ese presbítero, tipo del fanático terco, y feroz también cuando se ofrece, que va siendo ya raro en esta época de refinado jesuitismo, de sectarios que las matau callando y aun sonriendo.

Mas no podemos tampoco dejar correr sin el debido rechazo, como si se tratara de una opinión honrada, ciertas frases que el cronista de "El Tiem

po" estampa en su edición de anteayer, en su vehementemente empeño de que "cese el escándalo."

Dice el colega que si no se aplica todo el rigor de la ley á ese eclesiástico, al fin y al cabo alguno de los agraviados hará con sus puños una justicia que "clamorosamente se impone," lo que es en el fondo una incitación al atropello, de hecho, contra un escritor y una especie de justificación anticipada de las brutalidades que quizás se estén ya preparando para acallar, á la fuerza, al rebelde.

Y "El Tiempo" traiciona los deberes de miembro de la prensa al expresarse así, olvida que un periódico que se precia de culto no debe confundir nunca un acto de patanería con un acto de justicia, secunda el salvajismo de los Miró Quesada que hasta ahora, aunque no haya sido sino por cálculos partidaristas, combatiera.

Sin que pueda disculparle su entusiasmo por el imperio de la moralidad pública contra la cual actúa quizá más eficazmente la grotesca chacota de que hace uso ese periódico en su crónica de policía, que los dichos más ó menos exajerados y toscos del redactor de "El Obrero."

Para castigar los extravíos de la prensa está la opinión del público honorable que siempre desprecia la propaganda calumniosa y grosera, y que si no ha aplastado hasta ahora á Vidal y Uría, es porque este clérigo dice verdad muchas veces y porque sus enemigos, los que están empeñados en matarle por hambre, por mucho que alardeen de humildes y magnánimos, no son en realidad, sino lobos disfrazados con apariencia de corderos, seres llenos de malas pasiones que finjen bondad de alma para seguir explotando á más y mejor á los incautos, y que quemaría á fuego lento á sus enemigos si les fuera posible resucitar la inquisición.

Esta es la verdad.

Dejémonos de aspavientos hipócritas y de azuzar á gentes que no necesitan estímulo para tender celadas caníbales apenas ven que ha llegado la ocasión propicia para ello.

* *

A Blume le faltan columnas para hablar pesadamente de sus compatriotas, con el fin de probar que lo que más le conviene al Perú es que cuanto antes se le lleve una legión.....de yankees.

¡Estamos achanchados!— grita viéndose en el espejo de su propia conciencia. Y olvidándose de que 24 horas antes ha escrito media legua de diti-rambos á los civilistas, llamándoles hombres de gran valer y los únicos dignos de gobernar aquí per *omnia secula*, agrega que en el Perú no hay bípedo sin alas que valga medio grano de pimienta, que aquí no hay sino doctorcitos ramplones, una mesticería pretenciosa y haragana y una indiada que cada día resulta más bruta y más borracha que el día anterior. Una población enteramente degenerada, donde no alienta un hombre digno de tal título, ni entre aquellos que tienen el meritazo de poseer haciendas y de hacerlas producir por brazos ajenos, previo pago del jornal indispensable para que ésos brazos puedan trabajar; ni entre aquellos que componen gramáticas como pueden componerlas, para el uso de los que no merecen mejor cosa; ni entre aquellos que llevan su cariño á este pueblo hasta el punto de hacer traer victorias, de los que ruedan por las calles, para consolarnos de las derrotas con que veinte años ha nos hicieron rodar, vertiendo sangre y recibiendo afrentas, en los campos de San Juan y Miraflores!

El amigo de Tejerina tiene ciertamente el derecho de contradecirse cuantas veces lo juzgue conveniente á sus estomacales intereses; pero nosotros tenemos la obligación de hacer constar que el objetivo de esos artículos como de otros que se publican en "El Comercio" es enteramente contrario á los intereses de la nación, favorece los planes de los que sueñan con adueñarse del Perú.

Alguna vez había de decir verdad un pierolista, y don Aurelio Souza ha soltado una como un templo comparando á "El Comercio" con el famoso caballo que inventaron los griegos para meterse en Troya. La verdad es que ese periódico contribuyó en alta escala á los triunfos que Chile obtuvo contra nosotros, y es indudable que hoy sirve los intereses del imperialismo yankee. Ese afán de gritar á cada momento que somos el pueblo más despreciable de la tierra y que así se necesita gente nueva, obedece al plan de justificar anticipadamente el exterminio de los indios estúpidos y de la mesticería, así y ese por los que acabaron con los pieles rojas, con millares de mexicanos y últimamente con gran parte de la población tágala. Cuando más se obtendrá el salvoconducto de los *impulsivos* y los *achanchados* de "El Comercio".

Todo esto es asqueroso y se va haciendo insoportable.

La inmigración de hombres vigorosos y emprendedores es ciertamente indispensable á la consolidación y al progreso de esta República, pero los que la desean por esto, por el bien nacional, procuran que se la promueva por medio de leyes adecuadas, liberando las instituciones del país y estableciendo al frente de ellas gobiernos honorables y progresistas; no exajerando nuestro malestar social hasta presentar al pueblo peruano como rama del árbol humano enteramente podrida que es preciso segar y echar al fuego; no estimulando los avances del fuerte; no escribiendo mentiras y sandeces; no apoyando y sirviendo á círculos de viles negociantes; no finalmente, cometiendo y aplaudiendo, para escándalo de los gentes honradas de todo el mundo, fechorías, salvajadas é infamias como las perpetradas contra "La Idea Libre," no hace un año.

"El Comercio" sigue apurando la paciencia pública. Diríase, recordando un graficismo popular, *que la sogá le arrastra*, que camina por sus propios pasos y sus torpezas propias, hacia la expiación definitiva y ejemplarizadora, ineludible.

EL PROGRAMA DE LA UNION NACIONAL

SU ARTICULO DÉCIMO Y ÚLTIMO

(De "La Patria" de Arequipa.)

Este artículo del programa radical trata de la necesidad de ennoblecer la carrera militar, de combatir el divorcio existente entre el ejército y la Nación, y de mantener en armas á los ciudadanos todos con el servicio de la Guardia Nacional.

La multitud de revoluciones que se sucedieron en el país desde que nació á la vida independiente, hicieron de la clase militar un

basurero humano. El individuo que no podía ganar su subsistencia honradamente por inepto ó por vicioso, se afiliaba en la primera revuelta con probabilidades de surgir, y el premio de su adhesión fué siempre un grado militar. De esa manera, se formó el ejército de los detritus de los pueblos.

Militar fué sinónimo de ignorante y de vicioso; y la carrera del honor quedó convertida en la carrera de la deshonra y del desfreno.

Raros fueron los militares que se distinguieron por su pundonor y su ciencia: pudo contárseles con los dedos de la mano; y ello explica en gran parte el porqué de las derrotas que desde San Francisco hasta Chacaguayo escribieron con caracteres de vergüenza la historia de la guerra del Pacífico.

En materia de ejército, es aspiración del partido radical la de que desaparezca esa calamidad social que tiene aquel nombre; pero mientras es preciso estar en guardia contra los enemigos que en el Exterior asechan el momento de polonizar el Perú, el ejército es indispensable; más no aquel ejército compuesto de los peores elementos del organismo nacional, sino un ejército formado en la escuela del honor y de la ciencia militar; constituido de militares capaces de comprender, plantear y resolver científicamente el complicado problema de la campaña que concluye en batalla decisiva; de soldados que no sean carne de cañón, sino luchadores autónomos, susceptibles de entender la estrategia y de deliberar por sí solos en caso necesario.

Eso quiere la Unión Nacional que sea el ejército y por eso ha tenido siempre palabras de aplauso para los que trabajan por dar lustre á la carrera de las armas, por enseñar el arte de la guerra como ese arte se entiende en el día, y por acostumbrar al soldado y al oficial á soportar las fatigas de maniobras que remedan la verdad de la campaña, y hacen conocer al soldado el suelo que está llamado á defender.

Un ejército formado según ese tipo, no será la constante amenaza de la tranquilidad pública, ni la mercancía que compran los revolucionarios con un puñado de monedas ó con un reparto de ascensos; y entonces la Nación, lejos de clamar por el aniquilamiento de los hombres de casaca que se convirtieron en azote del pueblo, se sentirá orgullosa de contar en su seno con verdaderos servidores del Estado, refractarios á la política de bandería y anhelosos solamente de mantener sus armas limpias de sangre hermana, para que no se emboten cuando

sea preciso esgrimir las contra el enemigo exterior.

Dignificada la carrera militar, y restablecida la perdida armonía entre civiles y militares, se habrá conseguido mucho en orden á la defensa nacional; pero ésta es imposible de llegar á ser satisfactoria, mientras descansen solo en un ejército permanente más ó menos numeroso.

Preciso es que todo ciudadano sea un soldado posible, llegado el caso; para lo cual es indispensable educar á todos militarmente y mantenerlos en armas con el servicio de la guardia nacional; pero sin excepciones enojosas, formando en ella todos los individuos capaces de manejar un fusil, ya pertenezcan, á las llamadas clases altas de la sociedad, ya se cuenten entre el número de los desheredados de la fortuna; porque para servir á la patria, todos los ciudadanos son iguales, dado que ella á todos ampara ó debe amparar igualmente.

Tan sólo en la época de la guerra con Chile hemos visto algo parecido á la organización de guardias nacionales. Los gobiernos anteriores y posteriores á esa época recelaron siempre de una institución en la que veían un freno de sus arbitrariedades; y ese mismo recelo manifiesta la necesidad que tiene el país de una institución como esa, que al par que garantía de seguridad en el exterior, sea prenda de buen gobierno en el interior.

La militarización del país es asunto que debe preocupar seriamente á todo buen peruano, mientras se halle sin saldarse la cuenta que con nosotros abrió Chile abonándose como propios los territorios del Sur. El manejo de las armas y el arte de la guerra debemos enseñarlos desde las escuelas primarias, completando el aprendizaje en el servicio de la guardia nacional.

La humanidad acaba de presenciar atónita, de cuánto es capaz un pueblo en que cada individuo es un soldado, con la lucha legendaria de Sud-Africa, donde algunos grupos de valientes han mantenido á raya, durante dos años, á varios ejércitos de la poderosa Albión; donde la más pequeña nación del mundo ha hecho sufrir la vergüenza de cien derrotas á la nación más grande.

Hé ahí un hermoso ejemplo de virilidad y de patriotismo, por el cual debiéramos modelarnos, para que las luchas del porvenir no traigan al Perú los desastres y calamidades sin cuento, que hace veinte años nos cubrieron de vergüenza y de desventura.

La Unión Nacional no desmayará hasta no ver convertido en poderosa nación el inerte conglomerado de pueblos que hoy constituye el Perú.

Hemos concluido este desmañado estudio del programa del partido á cuyo seno nos han traído nuestras convicciones.

Escritos los precedentes artículos al correr de la pluma, en momentos robados á la cotidiana tarea que nos impone la lucha por la vida, ni constituyen una obra acabada ni hemos tenido la pretensión de que tal constituyan.

Nuestro intento ha sido sólo decir algunas palabras al pueblo sobre el programa de la Unión Nacional, para encariñarlo con las puras ideas y los sanos propósitos que ese programa encierra.

Mejores plumas que la nuestra se han encargado y continuarán encargándose de hacer al respecto labor de maestros. Nuestro puesto es y seguirá siendo el de meros discípulos.

FRANCISCO GÓMEZ DE LA TORRE.

VARIEDADES

Excepcionalismo

Su orgullo y su ignorancia hicieron rey de la creación al hombre, que no la Naturaleza. Nuestro organismo en nada esencial se distingue del de otros seres que si ocupan un grado superior en la escala zoológica, más que á su real inferioridad lo deben acaso á haber sido el hombre el autor de la escala. Á haber basado esta en el volúmen ó en la perfección de los sentidos, no sería el hombre el primero de los animales.

Los sentimientos más puros no son patrimonio exclusivo de nuestra especie; los compartimos con aves y mamíferos y peces. Con más intensidad siente sin duda el amor maternal la alegre golondrina que por alimentar á sus pequeños resiste el instinto de emigración y se expone á los rigores de una estación inclemente, que la mujer que para no ajar sus encantos confía el hijo de sus entrañas á manos mercenarias.

Nuestra inteligencia es superior á la de los animales, pero no es esencialmente distinta de ella. Una operación intelectual cualquiera exige, porque es material, para verificarse, emplear tiempo; puede ser éste mayor ó menor en las distintas especies animales, como lo es en las diferentes variedades humanas, pero no por ser hombre el hombre deja de ocupar tiempo pensando.

El que nosotros creemos error fundamental al considerar al hombre, no como parte integrante de la naturaleza, subordinado á sus leyes fijas, inmutables, naturales, sino como ser excepcional, libre de toda ley, ó sujeto á los antojos de un poder incompro-

bable y completamente libre por esencia, ha sido rémora constante á todo progreso verdaderamente científico, fundamento absurdo de una concepción errónea del universo, origen de una infinidad de leyes contradictorias por ser puramente oficiales.

Mientras se creyó que las estrellas habían sido colocadas en el cielo para recrear la vista del hombre en las noches despejadas; que el sol era el paje de hacha puesto por Dios para alumbrar á los humanos; que los cometas eran signos de la cólera celeste, la astronomía era imposible y á más de imposible, completamente inútil.

El progreso en las ciencias tiene su mayor enemigo en esta tendencia al excepcionalismo, hijo de la humana vanidad.

La ciencia histórica no podrá ser considerada tal hasta que haya desaparecido la afición á buscar para el desarrollo del hombre leyes distintas de las que rigen la evolución de los seres, superiores ó inferiores, de las series zoológica y botánica.

Lo que pretenciosamente se viene llamando historia *universal*, no ha sido, hasta hace pocos años, más que la narración parcial é incompleta de algunos hechos de un corto número de individuos de una sola variedad de una determinada especie animal.

Mal que le pese á nuestro orgullo, por más que por ello se resienta nuestra vanidad, nos es preciso ser humildes y descender voluntariamente del trono fantástico é irrisorio en que la ignorancia nos había colocado; menos elevada nuestra razón, no estará expuesta á los vértigos, y podrá mejor, buscando la de los demás seres, hallar las leyes matemáticas, fatales, que rigen tanto á la flor, como al ave, como al hombre.

J. M. BARTRINA.

LITERATURA

Michelet y la patria francesa (1)

Traducción para "GERMINAL"

Por DIONISIO M. RAMÍREZ.

Francia ha sido creada por sí misma: el elemento de raza parece secundario. Ella es hija de su libertad..... *El hombre es su propio Prometeo.*

JULIO MICHELET.

I

Después de los funerales de Víctor Hugo, ningún homenaje más pomposo hase ofrecido por la nación francesa á uno de sus genios espirituales,

(1) Aun cuando por el título de este artículo pudiera creerse que no hay en él nada de interés para lectores que no sean franceses, esperamos que en su fondo se hallará bastante motivo que justifique su inserción en este semanario.

Además, Michelet, para ninguna persona de mediana cultura, puede ser indiferente.

como el de la celebridad del centenario de Michelet. El tierno niño de las escuelas primarias, el estudiante, el profesor universitario, al par que el obrero y el artista, sin excluir la gracia de las mujeres, todos acudieron á trenzar una flor de la grandiosa corona de almas que el gobierno de la república depositó sobre la pirámide de aquel amigo inmortal del pueblo, y en la cual permanecerá, con todo su perfume, por los siglos de los siglos.

Espíritu puro que soñabas la inmortalidad del espíritu, gran corazón que así dominas la unánime espontaneidad de los corazones, si en alguna región celeste, aún te es dado apasionarte, ¡qué noble embriaguez ha debido producirte esta comunión en tu obra, así, libre de signos materiales, como homenaje de los espíritus al espíritu, como acorde de las almas por el alma! ¡Cuanto más suaves que todas las armonías musicales del paraíso han debido ser para tí esas voces humildes de institutores, comentando á los hijos del campesino y del obrero, las mejores páginas de tu epopeya nacional! Tú, para quien las tumbas eran cunas, mágico vivificador de los muertos, el encanto de Francia ¿en verdad te ha resucitado? Al conjuro de tu hija bien amada, de tu Antígona, nacida, ella también, para amar, y no para odiar, tú, Michelet, ¿vas á volver á nuestro seno?

¡Y cuánto necesitamos de tí y de tu ramo de oro, oh! evocador sibilino de nuestras glorias y de nuestro ideal! Vé: de nuevo los sectarios tratan de hacer pedazos tu Francia; el rabioso gruñido de los cerdos no deja de oírse al rededor de su manto; las viejas hadas carceleras meditan todavía reventar sus ojos, hinchar sus labios, para infundir vida á sus espectros, succionando su sangre. Sólo, sólo la luminosa espada de tu verbo puede acabar con los vampiros; sólo tu palabra rápida y espléndida puede armonizar el latido de los corazones en discordia.

No debe permitirse que tus pensamientos, como guirnaldas de aparato, se marchiten sobre simples decoraciones, ó cual coronas funerarias se pudran encima de las tumbas. Preciso es que ellos fecunden, que exalten las almas. Es menester que tu espíritu permanezca con nosotros, no solamente el día de la fiesta, sino más aún en las jornadas de labor y de angustia.

Puesto que Francia fué tu única musa y tu único amor, hablemos de ella contigo. Tú no viviste sino en ella, por ella y para ella. Te hemos hecho regresar á nuestro seno, enseñamos tu obra á los niños y al pueblo. ¿No será esto más que pura hipocresía? La Francia contemporánea ¿merece ciertamente este patrocinio de tu gloria, reclamado con tanta unanimidad?

En discursos oficiales y en artículos de prensa he leído, á la verdad, que hay gran deseo de cubrir las miserias de Francia con el manto de púrpura que le ha tejido el mejor de sus hijos.

Respeto y admiro ese pudor oficial y literario; pero, ¿deberé aprobarlo?

Sí, si al proponer á la nación un ideal ficticio se quiere ya realizarlo. No, si se añade inconscientemente una mentira social más á otras tantas.

La glorificación de Michelet no debe ser una engañifa sin mañana. Terminada la fiesta, es menester que examinemos lo que ha sido, lo que ha querido Michelet, que le confrontemos con lo que es, con lo que quiere la Francia de nuestros días.

Sólo entonces habremos celebrado como pios herederos, el centenario de Michelet.

II

Michelet nació pueblo, y, voluntariamente, permaneció pueblo.

Sus antepasados eran aldeanos que alternaban el cultivo de la tierra con alguna pequeña industria. Su abuelo fué profesor de música y maestro de capilla en un villorrio de provincia. Su padre, obrero impresor, al principio, impresor por cuenta propia, después, no pudiendo arribar nunca, concluyó como enfermero de un hospital. Su madre, enferma del pecho, hidrópica, sucesivamente, fué bordadora y costurera. El niño Michelet conoció las angustias más horribles de la miseria; durante quince años habitó sótanos, chiribitiles, cuartos desnudos; vió á su padre reducido á prisión por deudas, á su madre, enferma, salir á buscar, fuera de casa, el pan del día. "Hasta los quince años, ni carne, ni vino, ni fuego. Sólo pan y legumbres, frecuentemente cocidas estas con agua y sal." Educado en el liceo Carlo Magno, experimentó allí el vértigo de la inanición. Al volver á la calle de Périgueux, encontraba, en la única vivienda en que todos habitaban, á su madre tendida en el lecho, y por horizonte el patio de un mercado de madera donde á veces solía clavarse atahudes. Para salir á la calle, en toda estación, no contaba sino con un vestidillo cabeza de negro; el invierno le traspasaba hasta la medula de los huesos, abriéndole cruces rajaduras en las manos. Sus padres obstinábanse en enviarlo al colegio y en él conoció las humillaciones del niño pobre en medio de los hijos de ricos. Hasta la edad de 17 años, sufrió en su cuerpo y en sus nervios lo que puede sufrir un sér delicado, por los rigores extremos de la miseria.

¿Cómo de semejante estado social, no cayó más bajo aún, en la vagancia, en el robo, en el crimen tal vez? ¿Cómo se levantó hasta los primeros puestos de la Universidad, hasta las más altas cimas de la literatura europea?

La respuesta es muy sencilla: fué amado y amó.

Helado de frío, muriéndose de hambre, Michelet fué abrigado en un nido de ternura moral. Su abuelo, su madre, pobrísima gente honrada, diéronle constantemente el ejemplo del deber: más aún—del sacrificio en provecho suyo. "En nuestra extrema penuria, un amigo de mi padre propúsole hacerme entrar en la imprenta imperial. ¡Gran tentación para mis padres! Otros no habrían vacilado..... Mi padre sin recursos y mi madre enferma decidieron que yo estudiara, suceda lo que sucediera. Al través de los peores sufrimientos, aquella familia permaneció unida por los lazos de diamante del corazón.

Michelet, nunca olvidó todo eso. Aquella superioridad de cultura que debía á la abnegación de los suyos, referíala siempre á éstos como el homenaje de su mayor afecto. Sus brillantes triunfos de colegio y de Sorbona, su gloria misma de gran escritor, jamás le infundieron vanidad ni deseo de abandonar el molde donde había crecido. Hasta donde alcanzó á vivir su padre, mantúvole consigo, en su casa, lo más cerca de su corazón. Amistades, mujer, buscólas allí, en su medio ambiente, entre los desheredados de la fortuna y de la dicha.

Modesto profesor, al principio, conerétase á su misión encerrándose en su hogar, sin aspiraciones de ningún género. Más tarde, escritor ya célebre, rehusa siempre mezclarse en el torbellino del mundo y los salones; no sale nunca por la noche; no come fuera de casa; no frecuenta cafés políticos, ni alhaga á los diaristas. Aíslase obstinadamente

en medio de sus afectos, consagrado por completo á su obra. Toda su vida quedó así, sencillo, sensible y altivo, al mismo tiempo, con aquella verdadera aristocracia que sólo se encuentra en el seno del pueblo. Herido en medio de su carrera por injusta destitución, sin recursos bastantes para vivir en París, destiérrese á provincia, á lejanas y desviadas campiñas; pero conservando siempre el tesoro interior, la serenidad de una conciencia fiel á sí misma. Pobre, afectuoso, enérgico, este hijo dos veces nacido del pueblo, donde quiera que va, lleva consigo, arriba á las altas cumbres, el ideal del pueblo.

Y el pueblo de Francia, ¿ha seguido sus pasos?

Cuando á ciertas horas del día ó de la noche, se transita no sólo por los arrabales, sino aún por el centro de nuestras grandes ciudades, percíbese un formidable olor pestilencial de agenjo y de crimen; y si se entra en los clubs y en los salones, paraderos de los intelectuales salidos del pueblo, respírase allí un olor, más formidable todavía, de mentira y de egoísmo.

Este pueblo, que en palabras y en decoraciones, aclama á Michelet, le desmiente en deseos y en actos.

Los más inteligentes y los más favorecidos sólo quieren *arribar* para gozar. La tropa, el rebaño, contentáse con beber para embriagarse, nada más.

Arribismo, alcoholismo — ¿quién no vé su creciente impulso sobre la nación?

Un hijo del pueblo es enviado á las escuelas primarias, hácese notar en ellas y llega á obtener una beca en algún liceo. Hélo allí *premio de honor*, normalista, político, profesor, abogado ó médico, casi igual á burgueses ó á ricos. Y esto sería magnífico, ciertamente, si no llevara en lo íntimo del alma, la lepra del disgusto por toda vida humilde, el áspero deseo de dinero y de honores desmedidos.....

En nueve casos sobre diez, — ¡por fatalidad ó falsa educación! — esa lepra le roe las entrañas. El pobre diablo, bordado de diplomas, devorado de ambición, avergüénzase de su padre, honrado carpintero, de su madre, digna aunque humilde calcetera: aspira nada menos que á un matrimonio de alto rango, á las promiscuidades oficiales, en fin. Para llegar á amo, comienza por hacerse criado y por acomodar su dignidad intelectual á las mil marrullerías de la plutocracia, á cuyo servicio se postra de cuerpo y de alma. — ¡Vedlo, ya arriba!

Abogado notable, oficial superior, diputado influyente, ministro.... De repente estalla un escándalo á sus pies. Ha vendido su pluma, abusado de grado, traficado con su voto, desviado maliciosamente su bistorí — ¡qué sé yo! Después, ó cae devorado por ávida trahilla ó se mantiene, con un buitre en el corazón y la bilis en el rostro. Y si *no arriba*, se hace refractorio á todo, renunciando á este mundo podrido, del cual hay que salir á toda prisa.....! Su pluma y su palabra son ¡menos innobles que el cáncér de su alma.

¿Son esos los hijos de tu pueblo ¡oh Michelet!

Otro hijo del pueblo, nacido también entre sangre y dolor, como su hermano el *arribista*, es enviado á las escuelas, y allí no se muestra muy inteligente: lleva consigo taras fisiológicas, y á menudo resulta un degenerado. Sin embargo, su cerebro recibe impresiones y adquiere el tesoro misterioso de los signos. Un personaje, el institutor, crea en él un pensamiento vacilante, que le revela la naturaleza y el hombre. Más, apenas y como entre nebulosidades comienza, la pobre criatura, á comprender que debe cumplir un destino, en la mayoría de casos, de repente, se le cierran las puertas del

colegio, se le apaga la escasa luz que se le había encendido y se le arroja en una factoría, en un taller ó en el cerco de una quinta, Aquellos signos figurados que habían de explicarle la vida, no le serán ya conocidos. Sus primeras lecciones se enturbian, se borran. El exceso del trabajo manual le agota; no volverá á abrir un libro y apenas leerá un periódico.

Ahora bien: supongamos que el padre de nuestro joven (si lo tiene) frecuenta las licorerías; que la madre, por vicio ó necesidad, sea de malas costumbres: el hijo, es claro, habrá de conocer los alcoholes que hacen olvidar desengaños, se manchará con embriagueces y prostituciones. Y como es de sangre pobre, sus nervios, hereditariamente enfermos, y súbitas impulsiones, le incitarán á cometer actos extraños.

A los veinte años, honrado todavía ó ya podrido, ese adulto, con un grupo de conscriptos, empujado por un sarjento, parte derecho á sus cuarteles. Ignorante, con escasa vigilancia moral de sus jefes, no conocerá de la gran ciudad sino los atractivos que brindan los arrabales ó las casas públicas; y del regimiento sólo tomará aquella pereza intelectual y corpórea, aquel doblez de obediencia inerte, aquel — “¿para qué eso?” — que él sabe caracterizar con cierta palabra ingénuu, muy conocida de los oficiales, y que repite en toda ocasión. En fin, “será clase”, volverá á ser paisano, empleado, — un poco mas corrompido y algo más desequilibrado que antes. Sólo una cosa habrá cambiado en su vida: será elector y elegible. Son esos también los hijos de tu pueblo, oh! Michelet?

Yo menos que nadie quisiera ser injusto respecto del pueblo; yo menos que nadie quisiera desconocer el admirable esfuerzo de sus educadores; pués ya, en otra parte, he referido cómo 35,000 de ellos, pobres de dinero y escasos de tiempo, conságranse gratuitamente á dictar lecciones y conferencias nocturnas á los jóvenes campesinos y á los obreros; y posco mil testimonios que comprueban toda la energía, paciente y desinteresada, de los 150,000 institutores é institutrices de Francia. La mayor parte de ellos son, ciertamente, los hijos de Michelet: en sus actos refléjase su alma, y nada mas justo que haberles confiado la gloria de su centenario.

Pero la verdad es que, sea por culpa de los métodos educativos, de los tiempos, ó de una raza que se gasta, nuestros alumnos no equivalen á nuestros maestros.

Sin duda nuestra enseñanza laica, tan plausible por su impulso, su seriedad y su nobleza, exige demasiado á la memoria y á la inteligencia, y muy poco al corazón y al carácter. Pero no le carguemos con los pecados de Israel. Al contrario, nuestra enseñanza quiere curarnos de ellos.

Más ¿qué pueden hacer esos humildes maestros, esos modestos profesores, contra la familia disgregada ó podrida, la hoja periódica á centavo, la licencia de las tabernas, la explotación del hombre por el hombre, el espectáculo interminable del éxito justificando el robo y la tiranía universal del dinero? Muy felices serán si arrastrados y confusos en este caos social, pueden conservar el dominio de su conciencia. Muy felices, si supieran repetir, á corazón lleno, esta frase de Michelet, que debería ser, y no lo es ¡por desgracia! la divisa del pueblo:

“Yo era libre por la soledad, por la pobreza y por la sencillez de vida.” — (*Continuará*)

TIP. ITALIANA—SAN ANTONIO No. 142